

fomentando la industria y generalizando los libros de una aplicación local. Pero, ¿cómo quiere hacer el bien a son de caja cuando hay un poder irresistible interesado en prolongar y aumentar el mal? En fin, la falta de amistad en los socios es otro dato que me hace pronosticar la disolución de la sociedad. Gutiérrez no puede ser amigo sincero de Sastre, si no ha variado en sus sentimientos de un año a esta parte: Sastre se ríe de los escritos de Gutiérrez, no puede oír nombrar las poesías de Echeverría, y sigue la opinión general con respecto a Alberdi. Yo he visto esto muchas veces con mis propios ojos. Ángelis se burla de todos.

[...]



Emancipación de la lengua

por Juan Bautista Alberdi

El iniciador. Montevideo, 1 de septiembre de 1838. Se encuentra en Alberdi, Juan Bautista “Figarillo” (1986) *Escritos satíricos y de crítica literaria*. Prólogo y notas de José A. Oria. Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, pp. 224-231.

I

La revolución estallada, o consumada más bien, en la lengua que habla nuestro país es una faz nueva de la revolución social de 1810, que la sigue por una lógica indestructible:

Si la lengua es el conjunto de las relaciones simples y elementales de nuestro pensamiento con la materia de que estamos rodeados, y por tanto, es dúctil, perfectible, variable, como el pensamiento y la materia;

Si ella sigue y provoca infaliblemente los cambios del espíritu humano;

Si la lengua no se da, si ella como el sol no para jamás;

Si en las revoluciones de la lengua nosotros no presidimos; si ellas se arrastran a pesar nuestro;

¿Qué valen, pues, nuestras impotentes protestas contra la revolución que hoy vemos sancionarse en nuestra lengua? ¿Está en la mano de nadie

el sofocarla? ¿No es el pueblo quien la ha hecho? ¿Y quién destruye lo que ha hecho el pueblo? Que los puristas digan lo que quieran, el pueblo americano no hablará jamás la lengua neta de la España porque el pueblo americano tiene un suelo, sentidos, ideas, necesidad, recuerdos, esperanzas, gobierno, leyes, costumbres, tradiciones, sentimientos que le son propios, y cuyo conjunto forma el espíritu americano, de que la lengua americana quiere ser un fiel reflejo. Ni pues el pueblo mismo ha hecho esta mudanza, sino el suelo, la situación, la revolución, las necesidades, los acontecimientos, en fin independientes y superiores a la voluntad del pueblo que no hace ni la lengua, ni la ley. La lengua, como la ley, es la razón, la naturaleza expresadas por el pueblo. El que ordena las condiciones normales de los pueblos es realmente el que determina la lengua. De suerte que hay cierto fatalismo inteligente en los destinos de la lengua, como en la historia de los pueblos.

Pero si es necesario abandonar la estructura española de la lengua que hablamos, y darle una forma americana y propia, ¿cuál pues deberá ser esta forma? Ella no está dada como no está dada tampoco la forma de nuestra sociedad: lo que sabemos es que a quien toca darla es al pueblo americano y no al pueblo español.

Sería una vergüenza que la España misma, que todos los días tratamos de esclava, retrógrada, añeja, viniese a darnos lecciones en esta parte, cuando se escribe en las columnas del *Guardia Nacional* estas palabras: “Marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones de hoy a las de ayer, analogías modernas a las antiguas, y pretender estacionarse en la lengua, que ha de ser la expresión de estos mismos progresos, perdonennos los señores puristas, es haber perdido la cabeza”.

Pues nosotros tenemos puristas, y no de España, sino de América, que han creído que hemos perdido la cabeza cuando hemos tenido el pensamiento feliz de la *emancipación de nuestra lengua*.

“Las lenguas, dice Larra, siguen la marcha de los progresos y de las ideas; pensar fijados en un punto dado a fuer de escribir castizo, es intentar imposible; es imposible hablar en el día el lenguaje de Cervantes, y todo el trabajo que en tan laboriosa tarea se invierta, solo podrá perjudicar a la marcha y al efecto general de la obra que se escribe”.

Así protesta la literatura española contra la inmovilidad de su lengua: ¡qué no pudiera exigir con más razón la ciencia en la lengua española que

no ha recibido la más ligera elaboración! Antes que la Alemania derramase su nueva tecnología jurídica en las ciencias meridionales de Europa, hemos visto al hábil comentador y traductor de Bentham romper mil veces las barreras del purismo, y crearse una nomenclatura nueva con escándalo de la Academia. La fusión del espíritu germánico con el espíritu francés ha traído después un movimiento en el lenguaje filosófico de las ciencias morales, que ha hecho todavía más difícil la versión de las nuevas ideas en su español castizo y neto, es decir, en un español sin idealismo, sin filosofía, material como la nación que lo formó. ¡Eh!, ¡y qué es este casticismo egoísta y estrecho de una lengua en un siglo que corre a la unidad del espíritu europeo y humano! Ya no es la gloria de una lengua el ser castiza, sino el ser cosmopolita y humanitaria. ¿Y se obtiene esta universalidad levantando entre los idiomas extranjeros y el idioma nacional murallas feudales?

II

Enunciamos un pensamiento que absuelve la nueva dirección que ha tomado nuestra lengua en las manos de una porción de jóvenes de talento.

Conviene no pensar que la forma exacta y económica que admiramos en la lengua francesa sea una nueva especialidad que la caracteriza, una forma privativa que depende del carácter francés; y que la difusión y verbosidad de la lengua española sea un resultado del carácter español. Creemos en la especialidad de las naciones, porque creemos en las diversidades de la naturaleza: pero hay una especialidad que no depende de los climas, sino del tiempo, por la cual un pueblo tiene hoy un modo de ser y mañana otro; por la cual un pueblo niño difiere de un pueblo viril. Claro es que esta especialidad se acaba con el tiempo que concluye con la niñez, volviendo la virilidad. Bajo este punto de vista, las naciones pierden su especialidad a medida que avanza el progreso humano, tal es, pues, en gran parte, la especialidad de la España, especialidad de cronología. La España difiere de la Francia, porque ella es niña, y la Francia adulta. Y la mayor parte de la diferencia entre la lengua española y la lengua francesa no resulta sino del progreso mayor del espíritu humano en Francia que en España.

El entendimiento es uno en sus leyes, como en su sustancia: la gramática es una, como la lógica es una: la lengua, pues, no es menos una. Lo que llamamos diversas lenguas no son sino diversos dialectos de una sola

lengua filosófica. Hay, pues, un progreso gramatical filosófico que es común a todas las lenguas, que tiene por objeto conquistar para la emisión del pensamiento una forma cada día más simple, más exacta, más breve, más elegante. Tales son el origen y carácter de la forma actual de la lengua francesa. Es una lengua de la mayor perfección filosófica, y de una perfección a que todas las lenguas tienen el mismo derecho que ella. Bien, pues: aproximarnos a esta forma por las imitaciones francesas, no es abandonar, por un mero capricho de la moda, las formas españolas por las formas francesas: es acercarse a la perfección de nuestra lengua, porque las formas de la lengua francesa son más bien las formas del pensamiento perfeccionado; son más bien formas racionales y humanas, que francesas. La lengua, lo hemos dicho ya, es una faz del pensamiento: perfeccionar una lengua, es perfeccionar el pensamiento, y recíprocamente: imitar una lengua perfecta, es imitar un pensamiento perfecto, es adquirir lógica, orden, claridad, laconismo, es perfeccionar nuestro pensamiento mismo. Tal es lo que a nuestro ver sucede con nuestras imitaciones francesas. Es, pues, claro que son útiles, cuando son practicadas con discernimiento, por razón de mejora, de claridad, de concisión, y no por motivo de capricho, por afectación. Conviene aceptar cuanto nos ofrece de perfecto, cuidando de no importar aquello que es peculiar del espíritu francés.

III

Después de todo, este movimiento es inevitable: ya está dado, y no solo dado, sino sancionado. Es invencible porque no es de ayer. La revolución americana de la lengua española comenzó el día que los españoles por la primera vez pisaron las playas de América. Desde aquel instante ya nuestro suelo les puso acentos nuevos en su boca, y sensaciones nuevas en su alma. La revolución americana la envolvió en su curso: y una juventud llena de talento y de fuego acabó de comunicarla.

Que se lean con cuidado los primeros escritores que la regeneración americana ha presentado en todos sus rangos, y se verá que la juventud actual no hace más que consumir con más bravura y altivez una revolución literaria, comenzada instintivamente por sus ilustres padres: los Moreno, Belgrano, Monteagudo, Funes, Alvear, Bolívar.

En adelante ya nadie envidiará el mérito pobre y estrecho de escribir

español castizo. Escribir claro, profundo, fuerte, simpático, magnético, es lo que importa, y la juventud se va portando. Ya no hay casi un solo joven de talento que no posea el instinto del nuevo estilo y le realice de un modo que no haga esperar que pronto será familiar en nuestra patria el lenguaje de Lerminier, Hugo, Carrel, Didier, Fortoul, Leroux.